

copia de moquetes y capones cayó sobre los chinelos que triscaban como cabritos, chillaban como poseídos y volteaban como campanas.

Entra la banda en la plaza tocando un pasacalle, detrás en confuso remolino, los *mozos* que salieron á buscarla; se estacionan los músicos bajo el corpulento olmo, sueltan chorros de sonidos, no muy acordes, por las bocas de los instrumentos, que derraman alegría, y comienza el baile.

Los robustos aldeanos con los brazos levantados y los pies en constante movimiento, ora yendo á la derecha, ora á la izquierda, parecen desesperados amantes que tratan de apoderarse de su amada que huye del abrazo temido y deseado: la vuelta que da cada uno de los bailarines de la Jota y el consiguiente cambio de pareja al dar comienzo á los cantares, son un reflejo de las nubes que se oscurecen el cielo de los enamorados.

Al pie de la picota, enhiesta aún sobre cuatro escalones de piedra ya carcomida, arde inmensa hoguera que, si bien hoy contribuye á dar animación al cuadro, evoca tristes recuerdos de épocas bárbaras en que alumbraba para aterrar á unos y para arrancar cruelmente la vida al incauto, ó héroe, que se atrevía á ser disidente.

Buen rato había pasado desde que comenzara el baile cuando Félix, hasta entonces abstraído, dijo á Juan:

—Querido Juan: hace rato que estoy contemplando este cuadro que alegra y, al mismo tiempo, entristece mi espíritu. Me alegra, porque rebosa el júbilo en todos los semblantes; me entristece porque trae á mi memoria relatos de luctuosos actos de la aberración llamada intolerancia.

¿Ves la complacencia, el movimiento, el ruido que hay? pues todo esto había en los autos de fe: las horcas de la picota, de que hoy cuelgan ramos de olivo bendito, se hicieron para segar existencias; esa hoguera, encendida para alumbrar la plaza, ocupa, tal vez, el lugar de otras encendidas para dejar muchos cerebros en las tinieblas; los sentidos y poéticos cantares que escuchamos, han venido á sustituir á la fatídica voz del pregonero que leía terribles sentencias; la música, que tanto anima, recuerda los clarines y timbales del Santo Oficio; la campana que anuncia la fiesta religiosa de mañana, tañía lúgubremente por los ajusticiados. Dos actos con los mismos instrumentos y sin embargo ¡cuán distintos! en el de hoy todos ríen, en el de ayer había lágrimas!....

—Sí, es verdad Félix,—contestó Juan.—Pero ten en cuenta que no en balde pasa el tiempo y que la ilustración se impone.

En esto vuelan cien cohetes dejando tras sí larga estela de brillantes chispas, y unos luciendo hermosas bengalas en el espacio y otros haciéndole retemblar con los estampidos, son el anuncio de la función de pólvora.

Los hombres, haciendo gala de serenidad, rodean los árboles; de éstos salen chorros de fuego que se persiguen, se chocan, se cruzan y por fin terminan su vertiginosa y loca carrera con estrépito.

Entre árbol y árbol, que siempre es despedido con voces alegres y aplausos, truena la banda, bailan los más: unos chinelos se entretienen en interrumpir á los bailarines dándoles empujones y los hombres más formales hacen corro para hablar de si la mula *Pelegriña* está coja porque *el bestia* de Canuto la picó al dar una vuelta: de si *Bastían* se ajoba dos fanegas de trigo; de si ayer tomó una buena filoxera el tío *Bujero* y de otras cien cosas que á nadie importan, pero sirven para pasar el rato.

De pronto se arremolina la gente, crece el vocerío, ríen y corren á la par algunas zagalas para refugiarse en las esquinas de la plaza; suena un formidable estampido, después se atropellan otros iluminándolo todo con regueros de chispas y multitud de bengalas, y á los acordes de la Marcha Real aparece entre los cohetes la imagen de la Virgen del Rosario. Miles de vivas á la patrona se escapan de la multitud; los hombres se descubren la cabeza y un momento, como si la plaza estuviera sola, reina el silencio: ¿por qué? porque todos dicen mentalmente: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!...»

Retirábanse á casa los dos amigos y Juan dijo á Félix:

—No me ha pasado desapercibido que cuando descubrieron la imagen de Ntra. Sra. te quitastes el sombrero.

—Y me lo quitaré siempre que en torno mío haya quien rinda verdadero culto á una idea noble.

—Sé más franco y dime que lo has hecho por no llamar la atención.

—No, Juan: Así como no he saludado nunca al rey en la calle y sí cuando le encontré en la Casa de Campo, porque no estaba yo en mi casa, así saludo á las imágenes en el templo y en la calle porque en uno y en otra, todos los que me rodean las conceptúan como dueñas de todo por derecho propio y no seré yo quien se manche jamás con la intolerancia.

El cristiano y el israelita, el musulmán y el budista, el sabio y el ignorante, el rico y el pobre son mis hermanos; á todos respeto igualmente, no para que me respeten, sino porque debo respetarles y me agrada cumplir el deber.

—Chico, chico: pareces un predicador. Buen sermón me has encajado—respondió Juan.—Lástima que seas de la cáscara amarga. Si no te conociera creería que te burlabas. Esas palabras en boca de un escéptico, como tú, tienen algo y aun algo, de sospechosas y si no te quisiera tanto, hasta creería heréticas.

—Tente: no vayas á caer en vulgaridades indignas de tu talento. No hagas lo de aquel que leía con gusto un artículo, y picado por la curiosidad, antes de acabarlo, buscó la firma y arrojó el periódico cuando vió que era mía.

—Libreme Dios de caer en la desgracia de juzgar la obra por el autor.

Pocos pasos habían dado desde esto, cuando pasó un grupo de mozos con guitarra y bandurria, dando al aire los acordes de la Jota y los consabidos cantares, esos quejidos y expansiones del alma del pueblo, esos poemas que brotan como porsí solos, que nadie escribe y todos guardamos en el alma.

Como si en el grupo hubieran oído las últimas palabras de Juan y quisieran demostrar cuánta razón tenía para pensar así, una voz potente y hermosa cantó:

Un gorrión, con tantas plumas
no se puede mantener
y el escribano con una
¡mantiene casa y mujer!

Luego y cuando se habían alejado bastante los de la ronda, se oyó la misma voz que cantaba:

Quisiera ser el sepulcro
en donde te han de enterrar
para tenerte en mis brazos
por toda una eternidad.

—Mira si estaré convencido de que hay que juzgar las obras por sus cualidades y no por las de su autor, cuando llamo buenas á esas coplas y sé que son de uno de los chicos más borricos del pueblo.

III

Sentados á la mesa estaban, á la mañana siguiente, Félix y sus amables huéspedes, saboreando el chocolate, más succulento por haberlo batido Pepa que por las materias que lo componían, cuando entraron en la cocina las dos pequeñas diciendo: «Aviaos pronto que ya han dado el primer toque.» En un santiamén se terminó el desayuno y cuando quedaron solos los dos amigos, Juan, que vió á Félix prepararse, le dijo:

—¿Vas á venir á la iglesia?

—¿Por qué no?—respondió y preguntó Félix.

—Hombre; como tus ideas distan tanto de las mías, creo que si vienes es sólo por complacerme.

—Estás en el error. Voy porque las funciones religiosas de los pueblos me conmueven; en ellas me parece ver mucho de los primeros tiempos del cristianismo; la ausencia de riqueza en los templos, el poco y sencillo aparato, el fervor de los concurrentes me dan á entender que allí sólo tiene lugar la fe; que no hay nada de alarde de fausto, y como sabes que no me ha dado por lo aparatoso y venero la ingenuidad, no he de esforzarme para convencerte de que experimentaré íntimo placer en acudir á la misa y sermón. ¿A mí qué me importa que el predicador sea ó no florido? Sea sincero, sea limpio de corazón, predique el amor al prójimo, y diga cuantas excelencias se le antoje de tal ó cual santo; no sólo ejercita un derecho, cumple el deber de propaganda.

La iglesia estaba de gala: cubrían sus paredes grandes colgaduras de percal con los colores nacionales. En el lado del Evangelio y fuera de la verja, la imagen de la patrona, como entregada al pueblo, y bien entregada, por cierto, por que ¿quién mejor custodio que el amante?

El párroco, ayudado del diácono y subdiácono, que con el predicador habían acudido desde la capital, cantó la misa: el órgano expresivo unas veces y otras la banda con los cantores, contestaban al oficiante. Faltaban, pero no hacían falta, ricos bordados y piedras preciosas en los ornamentos, grandes y sonoros órganos, delicada orquesta y capilla afinada.

Llegó la hora del sermón: se corrieron las cortinas de las ventanas por donde entraba gran raudal de luz: se aprestaron todos los concurrentes á no perder una sola palabra de la oración en loor de la Virgen del Rosario, y al concluir el orador había tanto recogimiento como al empezar.

Terminada la solemnidad se reunieron los regidores y Cofradía del Rosario en la casa ayuntamiento en donde tomaron los clásicos tostones y el refresco.

Después de comer y bailar un poco los aldeanos, sonó la campana que llamaba al pueblo. Todos acudieron y dicho está que no habían de faltar ni Juan ni Félix.

Organizada la procesión y cuando estaba ya la Virgen á la puerta de la iglesia, se procedió á la puja para sacarla en la carroza; era de ver cómo se disputaban hombres y mujeres la honra de llevar el timón ó los cordones.

—¿Ves, Juan, el espectáculo que presenta este acto que tiene apariencias de irrespetuoso? pues no lo censuro á pesar de lo profano que es en sí, dado que tratan de adquirir por dinero figurar que arrastran el carro; hay en ello fondo de misticismo puro, pues que esos postores se desprenden de ochenta, noventa y cien pesetas para estar más cerca de la Virgen.

—Has comprendido perfectamente el espíritu que les anima. Ya está en marcha la procesión y si quieres la seguiremos á distancia.

—A distancia no: vamos con ella, confundir-